

**ALONSO BERRUGUETE: SU PERSONALIDAD**

**POR**

**MANUEL GOMEZ-MORENO**



**D**ANDO por bueno lo que alguien dijo: que el hombre hecho es un niño atrofiado, cabría exaltar la personalidad del artista, por ser él quien conserva, de adulto, más reminiscencias infantiles en fresca imaginativa y aprehensión de la realidad circundante.

El artista nace como tal desde que se despierta su actividad operatoria; la precocidad le es consustancial. Velázquez seguramente se descubrió a sí mismo desde el segundo día que manejó los pinceles; mas este brote de valores, instintivo casi, es a costa de su potencia reflexiva, y sigue siendo niño bajo ciertos aspectos.

Recuérdese que Donatello no hacía caso del dinero, dejándolo al alcance de sus aledaños; que Alonso Cano sentía horror a los judíos; que Pablo de Céspedes quedaba a tiro de la Santa con sus genialidades críticas; que Rafael de Urbino aspiraba a cardenal, según dicen; que Miguel Angel se satisfizo con besar muerta a Vittoria Colonna; que Leonardo ideaba máquinas de guerra absurdas; que el Greco se las echaba de potentado, y Goya de favorito sin mirarse al espejo; con Berruguete ya nos veremos; pero tocante a Velázquez es otro cantar: él solamente guardaba atenciones para mirar a su paleta.

Nuestro Berruguete no heredó de su padre ni casa ni hacienda en Paredes de Nava, donde nació, ni la fuerza pictórica, tan afecta al natural, suya. Desde adolescente se recreaba en dar forma, de memoria, a sus imaginaciones, desatento al color, en que, por lo visto, no disfrutaba, y así perseveró, no obstante su paso por Italia, donde hubo de hacerse valer, siendo el único español a quien cita Vasari, dentro del círculo del Bramante en Roma.

Vuelto a España, no sabemos por dónde se erigió en palaciego, cali-

ficado, ya en 1518, de magnífico maestro, pintor del rey Carlos, criado suyo y andante en la Corte. Más aún; al año siguiente obtuvo, por merced regia, una escribanía del Crimen en la Chancillería de Valladolid, cargo puramente burocrático que desempeñó, desde luego mal, por sustituto. Casose poco después allí mismo con una joven de familia de mercaderes; luego fundó mayorazgo y se edificó suntuosa morada. Todavía, en 1540, aspiraba al señorío del lugarejo de Villatoquite, para lo que andaba ajenciando cien mil ducados, y lo renunció al fallarles; pero, insistiendo en pretensiones, obtuvo, casi al fin de sus días, el de Ventosa de la Cuesta, donde posaba su familia, no sin discordias graves entre suegro y yernos.

Veamos ahora rasgos de su actividad a través de las ostentaciones referidas, tal vez a remolque de su cónyuge para ganar en categoría social y prestigio. Contamos al propósito con cierta correspondencia, entre 1540 y 41, con un pañero de Medina de Río seco, tío de su mujer y proveedor asiduo, en quien ponía toda su confianza el gran artista. Desde Paredes de Nava se procuró los lutos por su madre antes que falleciese y luego acudió allí mismo al reparto de su herencia. Desde Valladolid le encarga un macho de cierta alzada “para andar camino”, pide ropas para el hijo que tenía en Salamanca estudiando probablemente, mantillas para cuando diese a luz su mujer, unos “quesos de Villalón, de los nuevos pequeños, colorados y blancos”, y así otras muchas minucias y sobre todo contarriñas de dinero, tan mal llevadas que perdió un pleito con el tal pañero sobre su ajuste. De trabajo, ni una palabra, aunque entonces la sillería de Toledo habría de obsesionarle.

Dejemos en sombra estos desates tan triviales y aquellas vanidades, a fuer de infantilismo, para valorar a nuestro héroe en su carrera artística, y aquí descubrimos otra faceta de su idiosincrasia, más vanidosa e ilusionada que inteligente, cuando escribe a Andrés de Nájera, refiriéndose al retablo de San Benito: que lo reputaba de obra perfecta, que estaba muy contento de ella y que el otro se holgaría de verla, “porque aunque hubiese visto las buenas cosas que hay en España, ésta es tal que verá bien cuánta es la diferencia que hace”. ¡Bien se le aguaron tales expansiones!

No fue, en efecto, triunfal ni mucho menos su carrera artística, no obstante la categoría social lograda y lo brillante de sus comienzos, cuando el rey Carlos le encomendó para el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, el retablo y sepulcro del canciller Sauvage. En ellos serían de su mano las pinturas; mas para lo escultórico buscó al imaginero más acreditado en Castilla, Felipe de Borgoña, con quien estipuló contrato de compañía por cuatro años.

Realizado ello, ambos pasaron a la Capilla Real de Granada, donde Berruguete lograría inculcar en el borgoñón calidades de fuerza expresiva tutelando la ejecución del retablo que corría a su cargo, mientras él preparaba grandes pinturas murales al fresco. No pasó de trazar dos cartones para ellas, dejando colgados a Jácome Florentín, *el Indaco*, y a Pedro Machuca, probablemente traídos por él desde Italia para ayudarle. Esperando a formalizar dicho encargo, vuelto a Castilla, se procuró en Valladolid unas pinturas sobre tabla que se inutilizaron, por ineptitud quizá de sus auxiliares; luego, solicitó en vano hacer la policromía y dorado del retablo de la catedral de Oviedo y llegó a contratar el del monasterio de La Mejorada en 1525. Al año siguiente fue su gran desengaño: el ya Emperador, encantado con su boda, no le hizo caso; lo de Granada fracasó, y Berruguete, airado, se alejó de la corte ya para siempre.

Le quedaba lo de La Mejorada, en compañía del escultor Vasco de la Zarza, que murió a poco, dejándole íntegra la responsabilidad de aquel encargo, todo de escultura; y aquí fue la gran resolución de Berruguete: desatender el oficio de pintor que hasta entonces venía cultivando, y no solamente ello, sino que hubo de ver un porvenir en la escultura cuando a fines del mismo año tomó sobre sí en Valladolid el gigantesco retablo de San Benito.

Quizá desde Toledo y Burgos las sombras de Juan de Borgoña y de León Picardo le eclipsaban como pintor, mientras el antiguo socio de maestro Felipe en el coro de la catedral de Burgos, Andrés de Nájera, regentaba la sillería de aquel monasterio de San Benito al frente de un taller de entalladores, como luego lo repitió en Santo Domingo de La Calzada. Berruguete no se trataba con él, mas adquiriría experiencia de cómo un pin-

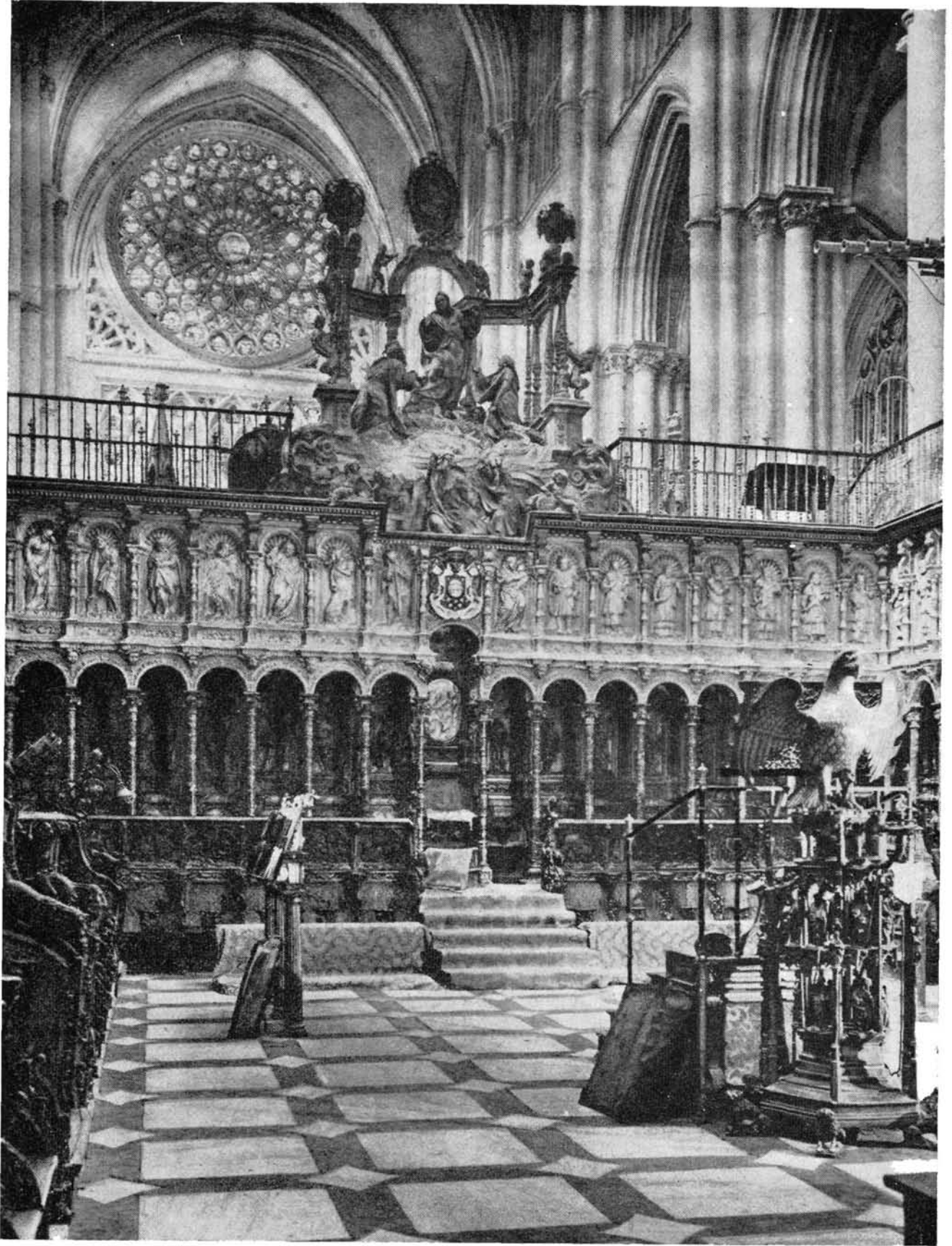
tor maestraba en escultura, y supo aprovecharla. Ello es que desde entonces figura como imaginero entre oficiales jóvenes, y supo alzarse sobre todos por la valentía de invención y el carácter que infundía en sus creaciones. No le plugo doblegarse ante el italianismo, pero traspasó en desequilibrios el clasicismo miguelangelesco provocando arranques de vitalidad, y ése fue su acierto.

Llegado el trance de poner en aprecio y valoración el retablo de San Benito, maestro Felipe se ganó al de Nájera, y ambos no quisieron ver en aquél sino descuidos y chapucerías, con grave quebranto del crédito e intereses de su autor. Pudo cegar a Felipe la rivalidad en su oficio, pero también el haberse trocado en malquerencia el antiguo compañerismo; y algo de precedente hubo entre Felipe y Silóee cuando intentó arrebatarse a éste la obra de la torre de Santa María del Campo.

Nombrando a Silóee, cumple resaltar la exaltación con que aludió a él Berruguete en su carta al de Nájera; quizá se relacionaron a propósito del retablo del Colegio de Santiago en Salamanca, cuyo fundador, el Arzobispo de Toledo Fonseca, confiaba en Silóee sus iniciativas artísticas, y éste pudo elegir a Berruguete para dicha obra. Luego, al fracaso de San Benito siguió una pausa en sus actividades, rota a los cuatro años con encargársele el retablo de la Adoración de los Reyes en Valladolid, y a seguida le deparó la suerte otra obra del mayor empeño y muy adecuada a sus facultades.

Desde 1535 venía preparándose en la Catedral de Toledo el renovar la sillería alta de su coro, y parecía vinculada su labra en Felipe de Borgoña. Desde luego, él hizo modelo, formuló condiciones y le puso precio; mas intervino el Arzobispo don Diego de Tavera, que residía en Valladolid, y tal vez no fue ajeno a la intromisión de Berruguete, pujando la obra a maestro Felipe. ¡Justo desquite de la faena que éste infirió al otro en lo de San Benito!

Por buenas componendas fue repartida entre ambos la obra, y he aquí para Berruguete la cumbre de sus éxitos; mas en Toledo se hilaba delgado y Felipe no dejaría de sacar a colación las deficiencias de su rival. Ello fue que se le impusieron condiciones, exigiéndole que, así para la



BERRUGUETE: Interior del coro de la Catedral de Toledo.



BERRUGUETE: La Transfiguración.



talla ornamental como para la imaginería, fuesen muy buenos oficiales quienes, bajo su presencia activa, pusiesen mano en ello.

Ahora se nos ofrece al descubierto la actuación normal de Berruguete. Para lo escultórico, él aportaba dibujos y modelos en cera o barro, y, cuando más, a golpe de gubia o cincel interpondría rasgos magistrales definitivos; pero lo manual estuvo a cargo de Francisco Giralte e Isidro de Villoldo, artífices intachables, pero incapaces de usurpar al maestro la inventiva y expresar lo que era genialmente suyo, espíritu. Así, la sillería toledana supera en perfección a todas sus demás obras; después exageró cierta hipertrofia de masas, que responde a superación de lo natural, con demérito de lo emotivo y avance en barroquismo.

Un viraje a última hora parece motivado por necesidad de acrecentar ingresos, acaso ante la expectativa de aquel señorío de Ventosa que al fin obtuvo. El, que hasta afianzarse en Toledo no pasó de la madera sino al alabastro, se atreve ahora con el duro mármol y contrata dos grandes piezas: el sepulcro del Cardenal Tavera, para su hospital, y el de los Condestables de Castilla, para Burgos. Excusado parece declarar que para ellos había de procurarse colaboradores, y no ya entre discípulos, sino en la nueva generación de marmolistas a la italiana. En Toledo fue seguramente Bautista Vázquez quien ejecutase el de Tavera sobre sus modelos; en Burgos, acaso un Vallejo el de los Condestables. Sólo pudo ver acabado el primero, y atendiendo a él se alojaba en el hospital de Afuera, quizá miserablemente, pues no consta que se le suministrasen sino un jarro y un bacín. En agosto de 1561 asiste al reconocimiento en Alcalá del sepulcro del Cardenal Cisneros, como base para cobrar el de Tavera, y a los pocos días fallece, quizá de improviso, pues no dejó testamento, y fue sepultado en Ventosa su cuerpo.

Aparte las inevitables flaquezas, todo su vivir le honra: hombre bueno, cristiano fiel, gran trabajador y puntual en las obras que tomaba; justiciero en su aprecio de Juní, declarando que no había venido escultor extranjero mejor que él a Castilla. De otra parte, se excedió en destemplarse con el Emperador a propósito de lo de Granada, echándole en cara que “venía gastando desde Sevilla y no tenía más que gastar así de tiem-

po como dineros". Revolvióse también frente al magnífico obrero catedralicio toledano, protestándole su orden de trasladar la sillería vieja, diciendo "que él mandase sobre ello lo que más fuere servido, pero la condición no declaraba ser obligado a deshacer, mas de hacer las dichas sillas". En resolución, si valen comparaciones, mientras Silóee se crecía dominándolo todo con su grandeza de alma, Berruguete pugnaba entre pleitos y fantasías, descentrado en el ambiente de Valladolid, burocrático y positivista, y hemos de imaginarle retraído en el taller para sentir viva la llama de inspiración que sublimó su obra.